

IX

De vuelta de la iglesia, Angélica pensaba:

—Le veré dentro de poco; estará en el Cercado de María, y bajaré para verle.

Se habían dado la cita con los ojos.

No se comió hasta las ocho, y en la cocina como de costumbre. Hubert hablaba sólo, excitado por la fiesta del día. Muy seria, Hubertina apenas si le contestaba, no apartando la vista de la joven, que comía con mucho apetito, inconsciente, sin darse cuenta de que llevaba el tenedor á la boca, entregada por completo á su ensueño. Hubertina leía en su alma, veía como se engendraban y se seguían las ideas, debajo de su frente cándida, como al través del cristal del agua pura.

Sorprendióles á las nueve un campanillazo; era el Padre Cornille, que, á pesar de su cansancio, venía á decirles que Monseñor había admirado mucho los tres tapices antiguos.

—Ha hablado de ellos delante de mi. He supuesto que les agradaría á ustedes saberlo.

Angélica, al oír el nombre de Monseñor, se interesó en la conversacion; pero volvió á sus imaginaciones en cuanto se habló de la procesión.

Luego, á los pocos momentos, se levantó.

—¿Dónde vas? le preguntó Hubertina.

La pregunta la sorprendió; como si tampoco se hubiese preguntado así misma á donde iba.

—Voy á subir á mi cuarto, madre; estoy muy cansada.

Hubertina, á través de este pretexto, adivinó el verdadero motivo, que no era otro que la necesidad de estar sola con su felicidad.

—¡Dame un beso!

Cuando la tuvo junto á si, sintióla temblar. Su beso de todas las noches se deslizó, más bien que lo dió.

Gravemente la miró á la cara, leyó en sus ojos la cita convenida, y la fiebre en que ardía de ir á ella.

—Se buena, y duerme bien, la dijo.

Y Angélica, después de un rápido «buenas noches» á Hubert y al Padre Cornille, subía á su aposento, trastornada..... ¡Hasta tal punto había sentido su secreto en la punta de la lengua! Si su madre la hubiese tenido abrazada un segundo más, se lo dice todo. Se encerró, dando dos vueltas á la llave; la luz la molestaba; y apagó la bujía. Cada día salía la luna más tarde, y la noche era muy oscura. Sin desnudarse, sentada junto á la ventana abierta sobre las tinieblas de la noche, esperó durante unas horas. Los minutos se deslizaban rápidos, llenándolos una misma idea: la de bajar para verle en cuanto diesen las doce. Y esto sucedería muy naturalmente, y se veía andando y moviéndose paso á paso, gesto tras gesto, con la misma facilidad que se tiene en sueños.

Primero había oído hablar al Padre Cornille; luego á los Hubert, que á su vez subieron al principal. Por dos veces le pareció que la puerta de su cuarto se habría que furtivamente unos pies llegaban hasta la escalera, como si alguien hubiese ido á escuchar un instante, luego la casa pareció anonadarse en un sueño profundo.

Cuando dieron las doce, Angélica se levantó.

—Vamos, ya me espera.

Abrió la puerta, que ni siquiera volvió á cerrar.

Bajando la escalera, al pasar junto al cuarto de sus

padres, escuchó, pero no oyó nada, más que el estremecimiento del silencio. Por lo demás, no tenía prisa ni susto; iba muy tranquila, no teniendo conciencia de que pudiese estar cometiendo una falta. No podía dejar de bajar; una fuerza la arrastraba, y le parecía la cosa tan sencilla, que la idea de un peligro cualquiera la hubiese hecho sonreír.

Ya en el piso bajo, salió al jardín por la cocina, descuidando también el entornar la puerta. Luego, con paso rápido, cruzó el postigo que daba al Cercado de Maria, dejándolo también de par en par. Ya en el Cercado, no titubeó, sino que fué directamente á la tabla que hacía de puente, atravesó el Temblón, y á tientas, como en un sitio familiar, cada uno de cuyos árboles le eran muy conocidos, y torciendo por la derecha, bajo un sauce, no tuvo que hacer más que tender las manos para hallar las del que bien sabía ella que le estaba aguardando.

Sin saber qué palabras decir, Angélica estrechó las manos de Feliciano contra las suyas. El cielo estaba cubierto por una niebla de color, que la luna, que estaba saliendo, muy delgada, no iluminaba todavía, y no podían verse..... Y ella habla en las tinieblas, y su corazón latía con más fuerza á impulsos de la grande alegría que la inundaba.

—¡Ah, mi buen señor y dueño! ¡Cuánto te amo y cuántas gracias te doy!

Gozaba con conocerle al fin, y le daba las gracias por ser bello y rico, más de lo que esperaba. Era una alegría sonora, el grito de éxtasis y de gratitud ante el presente de amor que le ofrecía su ensueño realizado.

—Tú eres el rey y mi señor, y yo soy tuya, y no tengo más pena que la de ser tan poca cosa. Pero tengo el orgullo de pertenecerte, y basta que me ames para que yo sea también reina. Por más que lo supiese y lo esperase, mi corazón se ha ensanchado viéndote tan gran-

de y poderoso. ¡Ah, mi amado dueño! ¡Cuánto te amo, y cuánta gratitud te debo!

Entonces, suavemente, Feliciano pasó un brazo por su talle, y la condujo diciéndola:

—Ven á mi casa.

La hizo atravesar el fondo del Cercado de Maria, á través de las malezas, y entonces vió Angélica que todas las noches debía de pasar por la puerta de la antigua verja del Palacio episcopal, que antes estaba condenada: dejó abierto el postigo, y siempre abrazado á ella entró en el gran jardín de Monseñor. En el cielo la luna, que poco á poco se había elevado sobre el horizonte, oculta detrás de un velo de vapores calientes, les enviaba su claridad blanca, de láctea transparencia. Toda la bóveda del cielo, sin una estrella, estaba llena de aquel polvo de claridad que mudo caía en la serena noche.

Lentamente siguieron hacia arriba el curso del Temblón, que atravesaba el parque; pero no era ya la corriente rápida que se precipitaba sobre un lecho de guijarros, sino arroyo tranquilo, lleno de remansos, que corría entre los macizos y los árboles: algo como un río eliseo, deslizándose al través de un ensueño entre los árboles flotantes, bañados por niebla luminosa.

Angélica dijo con alegría:

—¡Qué orgullosa y feliz me siento al apoyarme en tu brazo!

Feliciano estaba extasiado ante tanta sencillez y candor, oyéndola hablar sin turbación, sin esconder nada, diciendo en voz alta todo lo que la sugería la ingenuidad de su corazón.

—¡Ay, vida mía! le dijo; yo soy quien tiene que estarte agradecido porque me quieres un poco, y con gentileza tanta. Dime como me amas, y dime lo que ha pasado en tí cuando al fin has sabido quien era yo.

Pero Angélica le interrumpió, haciendo un delicioso gesto de impaciencia.

—No, no, hablemos de ti, nada más que de ti. ¿Qué impórtame yo, ni que vale lo que yo sea ó lo que piense? Ahora no existe más que tú.

Y acercándose más él, deteniendo el paso, á lo largo del arroyo encantado, le hizo preguntas mil, queriendo saberlo todo, su infancia, su juventud y los veinte años que había vivido lejos de su padre.

—Ya sé que tu madre murió al nacer tú, y que te has criado en casa de un tío, un sacerdote anciano, y que Monseñor no quería verte.....

Entonces Feliciano habló en voz baja, con voz lejana, que parecía venir del pasado:

—Sí; mi madre adoraba á mi padre. Mi culpa consistió en matarla con venir al mundo. Mi tío me educó con dureza, ocultándome quién fuese mi familia, como si se tratase de un niño pobre que le hubiesen confiado. No he sabido la verdad hasta muy tarde, hace dos años. Pero no me sorprendió, porque yo sentía detrás de mí una gran fortuna. Todo trabajo regular me aburría: no me gustaba más que andar por el campo. Pero luego se declaró en mí una gran pasión por las vidrieras de nuestra iglesia.

Angélica se echó á reír, y él se rió también.

—Soy artesano como tú: había decidido ganarme la vida pintando vidrios, cuando me cayó encima todo ese dinero. Y luego mi padre estaba tan disgustado cuando mi tío le escribió que yo era un demonio y que nunca sería cura..... Su voluntad decidida era que yo fuese sacerdote, quizá con la idea de que así rescataría el pecado por mí cometido con la muerte de mi madre. Al fin se rindió y me llamó á su lado. ¡Ah! ¡La vida! ¡Qué bueno es vivir.....! ¡Vivir para amar y ser amado!

Su juventud sana y virgen vibró en aquel grito que estremeció la noche tranquila. Era la pasión, la misma pasión que había matado á su madre, la pasión que le había llevado á aquel primer amor surgido del misterio.

Era su belleza, su lealtad, su ignorancia y su deseo febril de gustar la vida....

—Era lo mismo que tú, y la noche que te vi te reconocí en seguida. Dime lo que soñabas: cuéntame lo que era de ti antes.

—No: hablemos de ti, y de nadie más que de ti. Yo quisiera que nada de tu vida fuese secreto para mí. Que seas mío y que te amo por completo.

Y no se cansaba de oírle hablar de sí mismo, llena de gozo extático al conocerle, adorándole como una Santa á los pies de Jesús. Ni uno ni otro se cansaban de repetir las mismas cosas: cómo se habían amado y como se amaban. Brotaban las palabras siempre parecidas, pero siempre nuevas, tomando sentidos imprevistos, insondables, creciendo su dicha al descubrirlos y al saborear su melodía en sus labios. Confesó Feliciano el encanto que en él despertaba, nada más que con su voz, que le conmovía tanto, que sólo con oírla se sentía irremediamente su esclavo. Confesó ella el temor delicioso que le causaba cuando veía su blanquísima piel enrojecerse como una ola de sangre al menor enfado.

Habían ya dejado las orillas vaporosas del Temblón, y entraron en la arboleda umbría de los grandes olmos, con los brazos alrededor del talle.

—¡El jardín! murmuró Angélica, saboreando la frescura que caía del follaje. Años hace que tenía deseos de entrar en él. Y ahora estoy en él y contigo.

No le preguntaba dónde la conducía: se abandonaba á él, en las tinieblas de aquellos árboles seculares. La tierra era suave al pisar; las bóvedas de hojas se perdían muy altas, como bóvedas de iglesia. Ni un rumor, ni un aliento, nada más que el latir de sus corazones.

De pronto, empujando la puerta de un pabellón, dijo Feliciano:

—Entra: estás en mi casa.

Allí, en un rincón apartado del parque, su padre habría creído conveniente alojarle. Abajo había un gran salón: arriba las habitaciones. Una lámpara alumbraba el gran salón del piso bajo.

—Ya ves, dijo Feliciano sonriendo, que estás en casa de un artista. Este es mi taller.

Era, en efecto, un taller, el capricho de un joven rico, aficionado al oficio de pintor en vidrio. Había hallado los antiguos procedimientos del siglo XIII, y podría creerse uno de los vidrieros primitivos, que con los escasos medios de aquel tiempo producían obras maestras. Bastábale la mesa antigua con una capa de creta fundida, sobre la cual anujaba en rojo y en la que cortaba el vidrio al hierro rojo, desdiciendo el uso del diamante. Precisamente el crisol que era un hornillo construido con arreglo á un dibujo antiguo, estaba cargado, acabándose en él de cocer lo necesario para la reparación de otra vidriera de la Catedral, y en diversas cajas se veían vidrieras de todos colores, que había hecho fabricar exprofeso los azules, los amarillos, los verdes y los rojos, pálidos, jaspeados, de tonos humosos, sombríos, intensos nacarados. El cuarto estaba tapizado de telas admirables, y desaparecía el taller ante el lujo asombroso del movilario. En el fondo, sobre un antiguo tabernáculo que le servía de pedestal, una virgen dorada de gran tamaño sonreía con sus labios purpurinos.

—¿De modo que trabajas, trabajas? repitió Angélica con alegría.

La divirtió mucho el horno, y obligó á Feliciano á que le explicase todo su trabajo: como se limitaba á la imitación de los antiguos maestros, con usar vidrios de un solo color cada uno, haciendo luego las sombras con negro; por qué prefería las figuras pequeñas acentuando en cambio las actitudes y los paños; sus ideas sobre el arte del vidriero que había empezado á decaer en cuanto se empezó á pintar sobre vidrio y esmaltarlo, perfeccionando el dibujo; y su opinión final de que

una vidriera no debía ser otra cosa que un mosaico transparente, disponiendo los tonos más vivos en el orden más armónico, para que resultase un ramo delicioso y brillante de colores. Por supuesto que todo esto le importaba poco á Angélica: en todas aquellas cosas no tenía más interés que el que eran suyas, y hablando de ellas se ocupaba de él, como si fuese de su propia persona. De pronto exclamó:

—¡Qué felices seremos! Tú pintarás y yo bordaré.

Feliciano la había cogido las manos. Los dos se callaron un instante; en el centro del vasto salón, cuyo exquisito lujo le parecía muy natural, estaba Angélica, como si fuese el medio ambiente en que su gracia había de florecer.

Angélica fué la que rompió el silencio.

—¿Entonces, ¿es un hecho?

—¿Qué preguntó Feliciano sonriendo.

—Nuestra boda.

Feliciano titubeó un instante. Su tez blanquísima enrojeció de pronto.

—¿Te molesta lo que te he dicho? preguntó Angélica inquieta.

Feliciano la estrechó las manos con un apretón que ella sintió en todo su ser.

—Cosa hecha, dijo. Basta que desees algo, para que se haga, á pesar de los obstáculos. No vivo más que para obedecerte.

Angélica, radiante, contestó.

—Nos casaremos, nos querremos siempre, y ya no nos separaremos nunca.

No tenía la menor duda de que todo sucedería al día siguiente con la misma facilidad que los milagros de la *Leyenda*. No se le ocurrió la idea del menor obstáculo ó el más ligero inconveniente. Amándose, ¿por qué les habían de separar? Dos que se quieren y se casan, es cosa muy sencilla, su alegría con ser grande, era tranquila.

—Ya está dicho: dame la mano, añadió en broma.

Feliciano cogió su manecita y la besó.

—Ya está dicho.

Y como Angélica se apercebía á marcharse, temiendo que la sorprendiera el alba, y con ganas también de revelar su secreto, Feliciano quiso acompañarla.

—No, no; no llegaríamos hasta ser día claro.

Ya sabré encontrar el camino. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Feliciano se quedó, contentándose con ver marchar á Angélica, que corría por debajo de los olmos sombríos, por la orilla del Temblón, ya bañado de luz; cruzó la verja del parque y se lanzó á través de de las malezas del Cercado de María.

Mientras corría pensaba que no tendría calma para esperar la salida del sol, y que lo mejor sería llamar á los Hubert, despertarles y contárselo todo. Era aquello como una expansión de dicha; la sinceridad, que al fin brotaba, dejándola incapaz de guardar cinco minutos más el secreto de tanto tiempo. Entró en el jardín y cerró la puerta.

Dentro, junto á la Catedral, vió á Hubertina, que la esperaba en la sombra, sentada en el banco de piedra que coronaba un pobre copo de lilas. La angustia la despertó, y había subido al cuarto, hallando las puertas abiertas; ansiosa, no sabiendo donde ir y temerosa de agravar las cosas; se quedó allí esperando.

En cuanto la vió Angélica, se arrojó á sus brazos, sin confusión alguna, saltando su corazón de alegría, y riéndose de gusto por que ya nada tenía que ocultar.

—¡Ay, madre! la dijo. Cosa hecha. Estoy contentísima. Me caso.

Antes de contestarla, Hubertina la miró con fijeza; pero sus temores desaparecieron ante aquella virginidad en flor, limpidos los ojos, puros los labios. No le quedó

más que una gran pena, y las lágrimas inundaron sus mejillas.

—¡Pobre niña! murmuró, como la vispera en la iglesia.

Angélica, llena de sorpresa al verla llorar, cuando su placidez era tanta que nunca lloraba, exclamó:

—¡Qué, madre! ¿Por qué te disgustas? Cierto es: he sido mala, he tenido secretos para contigo. ¡Pero si supieras cuánto me pesa! Se empieza por no averse, y luego no hay quien pueda. ¡Perdóname!

Se sentó á su lado y pasó el brazo cariñosamente por su talle. El banco viejo parecía hundirse en aquel rincón mohoso de la Catedral. Encima de sus cabezas las lilas sombreaban; al lado había el rosal silvestre que Angélica cuidaba por ver si daría rosas, sólo que, abandonado hacía algún tiempo, vegetaba y volvía al estado salvaje.

—Madre, voy á decírtelo todo al oído.

Y en voz baja empezó á contarle sus amores en una ola de palabras que no acababan nunca, gozando en resucitar los hechos más insignificantes. No callaba nada, y escudriñaba su memoria como en una confesión, sin sentir pesadumbre alguna. La sangre de la pasión enardecía sus mejillas, y una llama de orgullo encendía sus ojos, sin que por esto alzara la voz, cuchicheando y llena de pasión.

Al fin Hubertina tuvo que interrumpirla, hablando también en voz baja:

—Vamos.... ya te has lanzado. Por más que te corriges, te dejas arrastrar á cada paso como por fuerte ráfaga de viento. Orgullosa y apasionada, eres siempre la misma muchacha que no quería lavar los platos y que se besaba las manos.

Angélica no pudo menos de reirse.

—No, no rías, porque pronto no tendrás bastantes lágrimas para llorar. Jamás se hará ese matrimonio.

De pronto la alegría de Angélica estalló sonora y prolongada.

—Madre, madre, ¿qué dices? ¿Es para hacerme enfadar y castigarme? ¡Pero si es muy sencillo! Esta noche le hablará a su padre, y mañana vendrá a arreglarlo todo con vosotros.

Pero ¿de veras se imaginaba esto? Hubertina estuvo implacable. ¡Una bordadorcilla, sin dinero, sin nombre, casarse con Feliciano de Hautecoeur, un joven que tenía cincuenta millones, descendiente de una de las más antiguas familias de Francia!

Pero á cada obstáculo nuevo Angélica contestaba tranquilamente:

—¿Por qué no?

Sería un verdadero escándalo, un matrimonio fuera de las condiciones ordinarias de la vida y de la dicha. Surgirían mil obstáculos para impedirlo. ¿Pensaba, por ventura, luchar contra todo?

—¿Por qué no?

Dicen que Monseñor es muy orgulloso de su apellido, y que severo para todas las aventuras tiernas. ¿Pensaba doblegarle?

—¿Por qué no?

Y con su fe inquebrantable añadió:

—Pero, madre, ¿por qué crees que el mundo es tan malo? ¡Si te digo que las cosas marcharan bien! Hace dos meses me reñías y te burlabas de mí; recuérdalo, y, sin embargo, tenía yo razón, y todo lo que anunciaba se ha realizado.

—¡Desdichada! Espera á que acabe.

Hubertina se desconsolaba, torturada por el remordimiento de haber dejado á Angélica tan ignorante. Hubiera querido explicarle las duras lecciones de la realidad, contarle las crueldades, las abominaciones del mundo; pero no sabía como, no atinaba con las palabras convenientes. ¡Qué inacabable tristeza para ella si un día tenía que acusarse de haber causado la desgracia de aquella criatura, educada en reclusión y entregada de continuo á la mentira de ensueño!

—Vamos, hija mía. ¿No te casarías con ese joven contra la voluntad de todos, contra la de su padre?

Angélica se quedó muy seria; la miró de frente, y luego gravemente añadió:

—¿Por qué no? Me ama, y yo le amo.

Con los dos brazos su madre la cogió y la estrechó contra su corazón, y la miró sin hablar, temblando. La luna, medio velada por la niebla, se había ocultado detrás de la Catedral; el rosicler de las nubes se marcaba débilmente en el cielo al aproximarse el día, y las dos mujeres se bañaban en aquella pureza matutina, en medio de un gran silencio lleno de frescura, turbado tan sólo por los trinos del despertar de los pájaros.

—Hija mía, sólo la obediencia y el deber procuran la felicidad. Toda la vida se llora un momento de pasión y de orgullo. Si quieres ser feliz, sométete, renuncia, anonádate....

Pero la sentía entre sus brazos rebelde todavía; Y lo que nunca le había dicho, y lo que dudaba todavía en decir, brotó de sus labios:

Oye: tú nos crees felices á tu padre y á mí. Lo seríamos, si un dolor cruel no hubiera emponzoñado nuestra vida.

Y bajo la vez más todavía, y le contó de un sólo golpe, y temblando, su historia, el matrimonio contra la voluntad de la madre, la muerte del hijo, el inútil deseo de tener otro, en el castigo de su culpa. Y, sin embargo, se adoraban, habían vivido trabajando, sin necesidades, pero eran desgraciados, y seguramente hubieran llegado á tener riñas, ó una vida de infierno, y quizá hubiera venido una violenta separación, sin sus exfuerzos, la bondad de Hubert y su propia reflexión.

—Piénsalo bien, hija mía. No introduzcas en tu vida nada que más tarde pueda hacerte sufrir. Sé humilde, obedece, y domina la sangre de tu corazón.

Angélica, luchando, la escuchaba muy pálida, conteniendo el llanto.

—Madre, me haces sufrir. Le quiero y me quiere.

Y corrieron sus lágrimas. La confidencia la había trastornado y conmovido, y en sus ojos había como un ligero espanto; como si la hubiese herido la vista de aquel rincón de realidad entrevista. Pero no cedía. Y con gusto hubiera muerto por su amor.

Entonces Hubertina se decidió:

—No quería darte tanta pena de una vez, pero es necesario que lo sepas. Anoche, cuando subiste, pregunté al Padre Cornille, y supe por qué Monseñor, que se resistía hacía tanto tiempo, ha creído que debía llamar á su hijo á Beaumont. Uno de sus grandes pesares era el carácter arrebatado de ese joven, la prisa que mostraba de vivir fuera de toda regla. Después de haber renunciado dolorosamente á hacerle sacerdote, ni siquiera esperaba destinarle á alguna ocupación que conviniese á su rango y á su fortuna. No sería nunca más que un apasionado, un loco, un artista. Le asustaba verse revivir en él con la misma locura de la pasión que á él tanto le ha hecho sufrir. Y temiendo alguna locura de corazón, le ha hecho venir aquí, para casarle en seguida.

—¿Con quién? dijo Angélica sin comprender.

—Había en proyecto un matrimonio antes de su llegada, y todo parece hoy arreglado. El Padre Cornille me ha asegurado que por otoño se casará con la señorita Clara de Voincourt. Ya conoces el palacio, ahí, cerca del episcopal. Son muy amigos de Monseñor, y por entrambas partes no se podía desear cosa mejor, lo mismo por el nombre que por el dinero. Al Padre Cornille le parece muy bien esta unión....

Angélica no se fijaba en estas razones de conveniencia; una imagen había surgido ante sus ojos: la de Clara. Y la veía pasar como algunas veces la había visto por los senderos del jardín, en invierno, ó como en la Catedral los días de grandes fiestas. Una señorita, alta,

morena, de su misma edad, muy hermosa, con una belleza más brillante que la suya, y con un aire de regia distinción. Decían que era muy buena, á pesar de su aspecto frío.

—Esa señorita, tan hermosa y tan rica.... ¿Y se casa con ella?

Murmuró esto como si soñara. Pero luego sintió que se le partía el corazón, y gritó:

—Entonces miente.... No me lo ha dicho.

Recordó de pronto la breve duda de Feliciano, y la ola de sangre de sus mejillas, cuando le había hablado de su boda, la sacudida que sintió fué tan recia, que su cabeza, descolorida, se desplomó sobre el hombro de su madre.

—¡Niña mía! ¡Niña! ¡Es muy cruel esto, ya lo sé! Y si supieras.... Todavía es más cruel. Arranca el puñal de la herida. Cada vez que despierte la tentación, repite para tí que Monseñor, el terrible Juan XII, cuya pureza intratable todavía recuerda con espanto el mundo, nunca dara su hijo á una bordadorcilla recogida en un portal y adoptada por pobres gentes como nosotros.

Sintiéndose desfallecer, Angélica oía esto y no protestaba. ¿Qué había sentido pasar por su cara?

Un soplo frío, venido de lejos, por encima de los tejados, le helaba la sangre. ¿Era la miseria del mundo, la triste realidad, de la cual la hablaban como se habla del coco á los niños malos? Sentía como un dolor, y apenas si la había entrevisto. Y sin embargo, no acusaba á Feliciano. No había mentido: es que se había callado, sencillamente. Si su padre quería casarle con aquella joven, sin duda él no querría. No se atrevía á luchar, y pues se había callado, quizá al fin se decidiría á ello. Ante aquel primer desengaño, pálida, herida por el dedo rudo de la vida, seguía siendo creyente, y con la misma fé en su ensueño á pesar de todo.

Las cosas sucederían: sólo que su orgullo se sentía abatido y caía en la humildad de la gracia.

—Madre, es verdad; he pecado, y no pecaré más. Te prometo no oponerme á lo que el cielo quiera que sea.

Era la gracia la que hablaba. Lo que triunfaba era el medio ambiente en que había crecido, la educación que recibiera en él. ¿Por qué dudar del porvenir, ya que hasta entonces cuanto la rodeaba había sido tan generoso y tan tierno para con ella? Quería conservar la prudencia de Santa Catalina, la modestia de Santa Isabel, la castidad de Santa Inés, y confortarse con el auxilio de las Santas, que de seguro le ayudarían á vencer. ¿No sabrían defenderla su vieja amiga la Catedral, el Cercado de María, el Temblón, la fresca casita de los Hubert, éstos mismos, sin que ella tubiese que hacer nada, siendo sencillamente dócil y pura?

—Entonces, ¿me prometes no hacer nada contra nuestra voluntad y, sobre todo, contra la de Monseñor?

—Si, madre: lo prometo.

—¿Y me prometes no volver á ver á ese joven, y no pensar mas en la locura de casarte con él?

Aquí su corazón desfalleció. A punto estuvo de estallar en ella una nueva rebelión, proclamando su amor. Pero dobló la cabeza, definitivamente domada.

—Prometo no hacer nada para volverle á verni para que se case conmigo.

Hubertina, muy conmovida y desesperada, la abrazó en señal de agradecimiento por su obediencia. ¡Qué desdicha! ¡Querer el bien de aquellos á quienes se ama y hacerles sufrir! Trastornada se levantó, sorprendida al ver el día que avanzaba. Los trinos de los pájaros habían aumentado, sin que todavía volase uno. En el cielo las nubes se desvanecían como gasas en el límpido azul del aire.

Y entonces Angélica, que había posado maquinalmente su mirada en la planta silvestre, acabó por verla con sus miserables flores. Se rió tristemente:

—Tienen razón, madre, dijo: No da rosas.

X

Como de costumbre, á las siete, Angélica estaba ya trabajando. Los días se sucedieron, y todas las mañanas, muy tranquila, se ponía á trabajar en la casulla que había dejado la vispera, como si nada hubiese pasado; cumplía rigurosamente su palabra, se encerraba sin tratar de ver á Feliciano, y ni esto parecía entristecerla, conservando siempre su alegre fisonomía juvenil y sonriendo cuando Hubertina se quedaba parada mirándola. Pero dentro de aquel silencio forzado no pensaba más que en él todo el día: su fé continuaba invencible, convencida de que, á pesar de todo, las cosas sucederian; certidumbre á la que debía su aspecto resignado, pero convencido y orgulloso.

A veces Hubert la reñía:

—Trabajas demasiado: te encuentro algo pálida. Por lo menos, ¿duermes bien?

—Como un tronco padre. Nunca me he encontrado mejor.

Otras veces era Hubertina la que se alarmaba y hablaba de que le convendría distraerse.

—Si quieres, cerramos la puerta y los tres hacemos un viaje á Paris.

—¡Buena! ¿Y los encargos, madre? ¿Cuando le digo á usted que lo que me pone buena es trabajar mucho.

En el fondo, lo que Angélica esperaba sencillamente era un milagro, una manifestación exterior de lo invisible, que la entregase á Feliciano. Además de que ha-

bía prometido no hacer tentativa alguna para verle, para qué hacer nada, cuando lo invisible, el *más allá*, continuaba trabajando por ella?

De este modo, en medio de su inercia involuntaria y aparentando indiferencia, siempre estaba atenta, escuchando las voces, lo que á su alrededor se estremecía, los débiles rumores familiares del medio en que vivía y que había de venir en su ayuda. Algo tenía que ocurrir, por fuerza.

Inclinada sobre el bastidor, con la ventana abierta, no se le escapaba el menor estremecimiento de los árboles, el rumor más ténue del Temblón. Llegaban hasta ella, aumentados por su atención, los menores suspiros de la Catedral: percibía las pisadas del sacristán que en la Catedral apagaba las velas; volvía á oír á su lado el roce de alas misteriosas; sabía que lo desconocido estaba otra vez con ella, y á veces le ocurría volverse de pronto, creyendo que una sombra le balbuceaba al oído un medio de alcanzar la victoria; pero los días pasaban, y nada.

Para no quebrantar su juramento, por la noche no se acercaba á la ventana, temiendo ver á Feliciano abajo y no poder resistir la tentación de unirse á él. Esperaba en el fondo de su cuarto. Luego, como ni siquiera las hojas dormidas se agitaban, se arriesgó, y comenzó de nuevo á interrogar á las tinieblas. ¿De dónde vendría el milagro? Seguramente del Palacio episcopal, del que saldría una mano milagrosa que le haría la señal de que fuese. Quizá de la Catedral, cuyos órganos de pronto empezarian á sonar, llamándola al altar. Nada la hubiera sorprendido: ni las palomas de la *Leyenda*, llevándola palabras de bendición; ni la intervención de los Santos, entrando á través de las paredes para anunciarla que Monseñor quería verla. No la extrañaba más que una cosa: la tardanza del prodigio en realizarse. Como los días, las noches se sucedieron sin que nada, nada ocurriese.

Después de la segunda semana, lo que más sorprendía á Angélica era no ver á Feliciano. Es verdad que se había

comprometido á no intentar nada para acercarse á él; pero, sin decirlo, contaba con que él lo intentaría todo para acercarse á ella. Y sin embargo, el Cercado de Maria seguía vacío, y ni siquiera había señales de que hubiese estado en él un momento: en quince noches ni siquiera había visto su sombra. No es que esto quebrantase su fe: si no acudía, es que se ocupaba en su dicha; pero su extrañeza crecía, mezclada con un comienzo de inquietud.

Una noche la comida en casa de los bordadores había sido muy triste. Hubert salió después, con pretexto de un recado urgente, y Hubertina se quedó sola con Angélica, en la cocina. Durante un buen rato la miró con los ojos humedecidos, conmovida ante tanto valor; hacía quince días que no se decían una palabra de lo que desbordaba de su corazón, y se sentía impresionada ante su fortaleza y lealtad en cumplir un juramento. En un raptó de repentina ternura abrió los brazos, y Angélica se arrojó en ellos; las dos se abrazaron sin decir palabra.

Cuando Hubertina pudo hablar:

—¡Ay, pobre hija mía! dijo: he esperado estar sola contigo porque debes saber..... todo ha terminado, todo.

Loca Angélica se echó atrás, gritando:

—¡Feliciano ha muerto!

¡No, no!

—Si no viene, es que ha muerto.

Y Hubertina tuvo que contarla que al día siguiente de la procesión le había visto para exigirle también la promesa de no volver en tanto que no tuviera permiso de Monseñor, lo cual era una despedida definitiva, porque bien sabía que aquel matrimonio era imposible. Le había trastornado, haciéndole ver la maldad de su acción, la pobre muchacha confiada, ignorante, á la cual comprometía, sin que un día pudiera casarse con ella. También él se lamentó y juró morir sin verla, antes que ser desleal á la promesa que hacía.

--Vamos, añadió Hubertina; tienes tanto valor, que puedo hablar sin rodeos. ¡Ah! ¡Si tú supieses, pobrecita mía, cuánto te compadezco y te admiró, viéndote tan firme y tan valiente, callándote y mostrando alegría cuando tu corazón estalla!... Pero necesitas todavía más valor. Esta tarde he visto al Padre Cornille. Todo ha terminado. Monseñor no quiere.

Hubertina temía una crisis de lágrimas, y la sorprendió verla sentarse muy pálida, pero tranquila.

La vieja mesa de encina había sido desocupada, y una lámpara alumbraba la antigua sala común, cuya quietud no turbaba más que el hervor del agua del escafador.

--No ha acabado nada, madre. Cuéntamelo. Ya que son cosas mías, tengo el derecho de saberlas, ¿no es verdad?

Y escuchó atentamente lo que Hubertina creyó deber decirle de las cosas que sabía por el Padre Cornille, saltando ciertos detalles, siguiendo así su plan de ocultar las miserias de la vida a la pobre ignorante.

Desde que había llamado a su hijo a su lado, Monseñor vivía lleno de turbación. Después de haberle alejado y haber estado veinte años sin querer conocerle, le vió en la fuerza y el brillo de la juventud, vivo retrato de aquella a quien lloraba, teniendo su misma alma, la gracia suave de su misma belleza. Aquel largo destierro, aquel rencor contra el hijo que le había quitado a la madre, habían sido un cálculo prudente, y bien lo veía ahora, sintiendo haberse vuelto atrás.

La edad, veinte años de oraciones, Dios, que había descendido a su espíritu, no habían podido destruir al hombre de antes; bastó con que aquel hijo de su misma carne, carne también de la mujer adorada, apareciese, con la risa de sus azules ojos, para que su corazón latiese hasta estallar, creyendo que la muerta resucitaba. Se daba golpes de pecho, sollozaba en medio de la penitencia ineficaz, gritando que se debía prohibir el sacerdocio a los que han gustado el fruto prohibido y a los

que conservan lazos de sangre con la mujer amada.

El buen Padre Cornille se lo había contado a Hubertina en voz baja, temblándole las manos. Corrían rumores misteriosos; se cuchicheaba que al anohecer Monseñor se encerraba, y eran aquellas largas noches, de combate, de lágrimas, de quejas, cuya violencia, ahogada por los tapices, llenaba de espanto el Palacio episcopal; había creído olvidar y domar la pasión; pero ésta reaparecía en un arrebato de tempestad, surgiendo el hombre terrible de antes, el hombre de aventuras, el descendiente de los señores feudales legendarios. Cada noche, de rodillas, la piel abierta por el cilicio, luchaba por arrojar de sí el fantasma de la mujer perdida; evocaba del ataúd el polvo vil en que debía estar ahora transformada. Lo que aparecía era su imagen viva, con su frescura deleitosa de flor, joven como la había amado, con un amor loco de hombre ya maduro. Y la herida volvía a abrirse, sangrando como al día siguiente de su muerte: la deseaba con la misma rebelión de entonces, contra Dios, que se la había quitado. Y sólo se calmaba al amanecer, rendido, despreciándose así mismo y lleno de horror a la vida. ¡Era la pasión, la bestia maligna que hubiese querido aplastar para volver al anonadamiento pacífico del amor divino!

Cuando Monseñor salía de su habitación, volvía a su actitud severa, con la cara tranquila y altanera, un tanto descolorida por un resto de palidez. Cuando Feliciano se confesó, le escuchó, sin decir una palabra, dominándose con esfuerzo tal, que ni una fibra de su cuerpo se estremeció. Miróle, sí, con el corazón traspasado al verle tan joven y tan ardiente, viéndose en él con la misma locura de amor. No era que sintiese odio hacia él: era la voluntad decidida, el rudo deber de librarle del mal que a él mismo tanto le hacía sufrir. Había de matar la pasión en su hijo, como quería matarla en sí mismo.

Y aquella historia novelesca acababa de angustiarle:

una muchacha pobre, sin nombre, una pobre bordadora vista en un rayo de luna, transfigurada en pálida virgen de la *Leyenda*, adorada de loco amor en un ensueño.... Y no dijo más que una palabra:

—Nunca!

Feliciano se arrojó á sus pies, implorándole, pidiendo por él y por Angélica, en un estremecimiento de respeto y de terror. Hasta entonces sólo se le había acercado temblando, y le suplicaba que no se opusiera á su dicha, sin atreverse á alzar los ojos hasta su cara santa. Con voz sumisa le prometió desaparecer, llevarse á su mujer tan lejos que no se les volvería á ver, y dejar toda su gran fortuna á la iglesia. No quería más que amar y ser amado, desconocido, olvidado.

Entonces un estremecimiento sacudió á Monseñor. Había dado su palabra á los Voincourt, y nunca se volvería atrás. Feliciano, agotadas sus fuerzas, y sintiendo que la ira le invadía, se fué, temiendo la ola de sangre que enrojecía sus mejillas y que le arrastraba al sacrilegio de una rebelión declarada.

—Hija mía, añadió Hubertina. Ya ves que no hay que pensar ya más en ese joven, porque creo no tratarás de hacer nada contra la voluntad de Monseñor. Todo esto lo tenía ya previsto; pero prefiero que hablen los hechos á que el obstáculo venga de mí.

Angélica había escuchado su relación con aspecto tranquilo, las manos cruzadas y puestas sobre sus rodillas. Apenas si sus párpados se cerraban de tarde en tarde, viendo, con sus ojos fijos, la escena toda, Feliciano á los pies de Monseñor, hablando de ella, en un desbordamiento de pasión. No respondió en seguida. Y continuó reflexionando, en medio de la quietud muerta de la cocina, no turbada ya por el hervor del escalfador, que se había apagado. Bajó los párpados, y miró sus manos, que á la luz de la lámpara parecían de hermoso marfil, y después, con una sonrisa de invencible confianza, dijo sencillamente:

—Si Monseñor se niega, es que espera conocerme.

Aquella noche Angélica durmió poco, con la idea fija de que el verla decidiría á Monseñor, y esto sin ninguna vanidad personal de mujer, sino con el sentimiento de que el amor todo lo puede, y de que amaba tanto á Feliciano, que esto se vería seguramente y el padre de éste no podría seguir empeñado en labrar su desventura. Veinte veces se revolvió en su cama, repitiéndose estas cosas.

Pasaba Monseñor ante sus ojos cerrados, con su traje morado. Quizá el milagro esperado se daría en él y por medio de él. Dormía fuera la noche cálida, y Angélica prestaba oído atento para percibir las voces, tratando de sorprender lo que le aconsejaban los árboles, el Temblón, la Catedral, su misma habitación, poblada de sombras amigas. Pero todo zumbaba, y no llegaba hasta ella nada preciso. Sentíase presa de impaciencia ante la realidad de las cosas, tan lenta. Al dormirse se dijo:

—Mañana hablaré á Monseñor.

Al despertarse, este paso le parecía sencillo y necesario. Era la pasión ingenua y segura, una gran pureza altanera, que la daba valor.

Sabía que todos los sábados, á las cinco de la tarde, Monseñor iba á arrodillarse en la capilla de Hauteceur, donde gustaba de rezar sólo, embebido en el pasado de su raza y de sí mismo, buscando una soledad que respetaba todo su clero. Precisamente era sábado. En seguida Angélica tomó una resolución. Quizá en el Palacio episcopal no la hubiera recibido; siempre había en él mucha gente, y se hubiera turbado. En cambio le era muy fácil esperar en la capilla y dar su nombre en cuanto Monseñor apareciese.

Aquel día bordó con la aplicación y la serenidad de costumbre; no sentía la menor fiebre, segura de su voluntad y convencida de que obraba bien. Luego, á las cuatro, dijo que se iba á ver á la señora Gabet, y salió vestida como para andar por el barrio y sin más que un sombrero de jardín, anudado ligeramente. Al salir

torció á la izquierda y empujó la mampara, rellena de crin, de la puerta de Santa Inés, que se cerró sordamente detrás de ella.

La iglesia estaba vacía; sólo junto á un confesonario de la capilla de San José había una devota, cuya falda negra se veía. Angélica, hasta entonces muy tranquila, se echó á temblar al penetrar en la soledad fría y sagrada, donde le parecía que el ruido de sus pasos resonaba terriblemente. ¿Por qué su corazón se angustiaba de tal modo? Se había creído fuerte, había pasado un día tranquilo con la idea de que tenía derecho á querer ser dichosa, y ahora no sabía, y palidecía como si fuese culpable. Se deslizó hasta la capilla de Hautecoeur, y allí tuvo que apoyarse en la verja.

La capilla era una de las más enterradas y más sombrías del antiguo ábside romano. Semejante á una tumba abierta en la roca, estrecha y desnuda, sin más moldura que la de la bóveda baja, sólo recibía luz por la vidriera, la *Leyenda* de San Jorge, en la cual los vidrios rojos y los azules dejaban paso á una luz violada, crepuscular. El altar, de mármol blanco y negro, sin adorno, con el crucifijo y los dos pares de candeleros, semejaba un sepulcro. El resto de las paredes estaba revestido de piedras mortuorias, un ajustamiento de arriba abajo de piedras roídas por los años, y en las cuales todavía se leían las inscripciones en letras profundas.

Ahogándose, Angélica esperó inmóvil. Pasó un sacristán, que no la vió, pegada como estaba á la parte interior de la verja. Seguía viendo la falda de la penitente, que salía del confesonario. Sus ojos se acostumbraban á la media luz, y maquinalmente se fijaban en las inscripciones, cuyos caracteres acabó por descifrar. Algunos nombres la llamaron la atención, despertando en su memoria las leyendas del castillo de Hautecoeur, Juan V *el Grande*, Raul III, Heriberto VII. Halló otros, otros dos, los de Laura, y Balvina, que, en medio de su turbación, la conmovieron hasta derramar lágrimas.

Eran las Muertas bienaventuradas: Laura que se cae de lo alto de un rayo de luna, yendo á unirse con su prometido; Balvina, muerta de alegría por la vuelta de su marido, á quien creía muerto en la guerra; las dos que aparecen por la noche y rodean el castillo con el vuelo blanco de sus inmensas vestiduras. ¿No las había visto el día de su visita á las ruinas, flotando por encima de las torres entre la palidez cenicienta del crepúsculo? ¿Con cuánto placer hubiese muerto entonces, á los dieciseis años, en la suprema dicha de su ensueño realizado!

Un ruido enorme, repercutido en las bóvedas, la hizo estremecerse. Era el sacerdote que salía del confesonario de la capilla de San José, y cerraba la puerta. La sorprendió no ver á la devota, que había ya desaparecido. Luego, cuando el sacerdote, á su vez, se fué por la sacristía, se sintió absolutamente sola en la basta soledad de la iglesia. Al oír el ruido de trueno del viejo confesonario, y rechinar sus hierros oxidados, creyó que Monseñor éntaba. Hacía media hora que esperaba, sin conciencia del tiempo transcurrido: la emoción acortaba los instantes.

Otro nombre vieron sus ojos, el de Feliciano III, el que había ido á Palestina con un cirio en la mano, para cumplir un voto de Felipe *el Hermoso*. Y su corazón latió y creyó ver la juvenil cabeza de Feliciano VII, el descendiente de todos ellos, el rubio señor que adoraba y por quien era adorada. Y esto la llenaba de orgullo y de temor. ¿Era posible que fuese ella la que estaba allí, para la realización del prodigio.

Delante de ella había una losa de mármol, más reciente, del siglo pasado, en la cual leyó de corrido.

«Norberto Luis Ogiero, marqués de Hautecoeur; príncipe de Miranda y de Rouvres; conde de Ferrières, de Montegu, de Saint-Marc y de Villemareuil; barón de Combeville; caballero de las cuatro órdenes del Rey; lugarteniente de sus ejércitos; gobernador de Normandía; capitán general de Venecia, y de la compañía del Jabali.»

Eran los títulos del abuelo de Feliciano.

¡Y ella había venido, tan sencilla, con su traje de artesana, con los dedos estropeados por la aguja, para que la dejaran casarse con el nieto de aquel muerto!

Se oyó un ligero ruido, un débil roce en las losas. Volvióse, y vió á Monseñor. Se quedó embargada ante aquel modo silencioso de acercarse, sin el trueno que esperaba. Entró en la capilla: alto, noble, vestido de morado, la cara pálida y la nariz un tanto pronunciada, soberbios los ojos, jóvenes todavía. Al pronto no la vió, pegada á la negra verja. Luego, al ir á inclinarse ante el altar, la vió á sus pies.

Se la habían doblado las piernas, anonadada por el respeto y el espanto, y se había caído de rodillas. El Obispo apareció á sus ojos como Dios Padre, terrible, dueño absoluto de su destino. Pero tenía el corazón animoso, y habló desde luego:

—¡Oh, Monseñor! He venido....

El Obispo se irguió; la recordaba vagamente; era la joven que había visto en la ventana el día de la procesión, y había vuelto á ver en la iglesia, subida á una silla: la bordadorcilla que traía loco á su hijo. No dijo una sola palabra, ni hizo un gesto. Esperó, alto y rígido.

—¡Oh, Monseñor! He venido para que me pueda usted ver; usted no me quiere, pero no me conoce. Y aquí estoy, mireme, antes de rechazarme nuevamente. Soy la que ama y es amada, y fuera de este amor nada, nada más que una pobre criatura, recogida en el portal de esta iglesia. Míreme á sus pies cuán pequeña soy, y cuán débil y humilde. Le será muy fácil echarme á un lado, si molesto. Con sólo levantar un dedo seré destruida. Pero ¡cuántas lágrimas! ¡Hay que saber lo que es sufrir! Y entonces se es compasivo. A mi vez, he querido, Monseñor, defender mi causa. Soy una ignorante: tan sólo sé que amo y que soy amada. ¿No basta esto: amar, amar y decirlo?

Y así prosiguió con frases entrecortadas y entre suspiros, confesándose tal cuál era, en un impetu de can-

dor y de pasión creciente. El amor que confiesa. Y se atrevía porque era casta.

Poco á poco había alzado la cabeza.

—¡Nos amamos, Monseñor! Sin duda él le ha explicado cómo esto ha podido ser... ¡o muchas veces me lo he preguntado, sin dar con la contestación! Nos amamos: y si esto es un crimen, perdón, Monseñor: ha venido de lejos, de los árboles, y hasta de las piedras que nos rodeaban. Cuando me di cuenta de que le amaba, era ya demasiado tarde para dejar de amarle. Ahora... ¿es posible ni siquiera querer esto? Puede usted guardarle para sí ó casarle con otra; pero no puede usted hacer que no me quiera. Sin mí, morirá, como yo moriré sin él. Cuando no está ahí, á mi lado, siento que todavía está, que no nos separamos más, que uno se lleva el corazón del otro. Con sólo cerrar los ojos, le veo: está en mí. No hay una sola gota de nuestra sangre que no se haya mezclado para toda la vida. Es posible destruir esta unión? Monseñor, esto es cosa divina: no nos impida usted que nos amemos.

El Obispo la miraba tan fresca, tan sencilla, oliendo á ramo de flores con su vestidito de artesana. La escuchaba decir el cántico de su amor, murmurado en voz encantadora que le perturbaba, y que poco á poco se había ido haciendo fuerte. El sombrero de Angélica resbaló por sus hombros; sus cabellos de luz rodearon su cara como un nimbo de oro fino, apareciendo como una de esas vírgenes legendarias de los misales antiguos, con algo de primitivo, de delicado, algo de vuelo en la pasión, con puro apasionamiento.

—¡Sea usted bueno, Monseñor! Usted es el dueño; ¡haga que seamos felices!

Le imploraba, y tornaba á inclinar la frente, viéndole tan frío, sin una palabra ni un gesto.

¡Ah, pobre niña desconsolada á sus pies! ¡Ah, olor de juventud que se exhalaba de su nuca, doblada ante el Obispo! Volvía á verlos, los cabellos rubios, besados, años hacia, con locura. Aquella cuyo recuerdo le ator-

mentaba después de veinte años de penitencia, tenía la misma juventud bien oliente, el mismo cuello, con la gracia del lirio. Renacía, era ella misma que sollozaba, que le rogaba que fuese blando para con la pasión.

Habían brotado las lágrimas; pero Angélica proseguía, queriendo decirlo todo:

—Monseñor, no es á él solo á quien amo: amo también la nobleza de su nombre y el brillo de su regia fortuna. Sí; ya sé que no siendo nada, ni teniendo nada, parece como que le amo por su dinero, y es verdad; también le quiero por el dinero. Le digo esto, porque es preciso que me conozca. ¡Ah! ¡Ser rica por él y con él, vivir en la dulzura y en el esplendor del lujo, deberle mis alegrías todas, ser libres con nuestro amor, no dejar ni lágrimas ni miserias á nuestro alrededor! Desde que le amo me veo vestida de brocado, como en los tiempos antiguos, y en el cuello y en las muñecas, cascadas de piedras preciosas y perlas. Tengo caballos y carrozas, y bosques inmensos donde paseo á pié, seguida por pajes. No pienso nunca en él sin volver á comenzar este ensueño, y me digo á mí misma que esto debe ser, ya que él realiza mi deseo de ser reina. Monseñor, ¿es malo, por ventura, amarle más porque él llena todos mis sueños de niña, las maravillosas lluvias de oro de los cuentos de hadas?

Y el Obispo la veía orgullosa, erguida, con su aspecto encantador de Princesa, en medio de su sencillez. Y era la otra, sí, la misma delicadeza de flor, las mismas lágrimas tiernas, claras como sonrisas. Emanaba una embriaguez de todo su ser, cuyo tibio calofrío sentía que llegaba á su cara: el mismo calofrío del recuerdo que le arrojaba por la noche, sollozando, á su reclinatorio, despertando con sus gemidos el silencio religioso del Palacio episcopal. La víspera, hasta las tres de la mañana, había luchado; y esa aventura de amor, esa pasión removida y puesta al descubierto con tanto candor, enconaba su herida. Pero detrás de su impassibilidad nada delataba el esfuerzo de la lucha que sos-

tenía para dominar los latidos de su corazón. Si gota á gota perdía la sangre, nadie la vería correr: sólo resultaba más pálido y más mudo.

Entonces, aquel silencio obstinado desesesperó á Angélica, que redobló sus súplicas.

—¡En sus manos me entrego, Monseñor! ¡Tenga piedad de mí, y decida de mi suerte!

Y el Obispo, que no decía una palabra, la asustaba, como si hubiese crecido, á sus ojos, con temible majestad. La Catedral, desierta, con las naves laterales ya oscuras, sus bóvedas altas, donde agonizaba la luz, agrandaba más y más la angustia de la espera. En la capilla, ni siquiera se distinguían las losas mortuorias: sólo había el Obispo, con la sotana morada, que se había vuelto negra, su larga cara, blanca, que parecía conservar la luz. Veía sus ojos relucir y fijarse en ella con brillo creciente. ¿Era la cólera la que los encendía de aquel modo?

—Monseñor, si yo no hubiera venido, eternamente me hubiera acusado de haber causado la desdicha de los dos, por falta de valor. ¡Diga, yo sé lo ruego, que he hecho bien, que al cabo consiente usted!

¿Para qué discutir con aquella criatura? Había expuesto á su hijo las razones de su negativa, y esto bastaba. No hablaba, porque nada tenía que decir. Comprendiólo Angélica, sin duda, porque quiso alcanzar sus manos y besárselas; pero el Obispo las echó atrás violentamente, y la muchacha se asustó, notando que su pálida cara se enrojecía con una repentina oleada de sangre.

—¡Monseñor! ¡Monseñor!

Al fin el Obispo despegó los labios. No dijo más que una palabra, la misma que había lanzado á su hijo:

—¡Nunca!

Y sin rezar sus acostumbradas oraciones, salió. Sus pasos graves perdiéronse detrás de los pilares del ábside.

Angélica cayó sobre las losas, y lloró largo rato, con hondos sollozos, en la inmensa paz vacía de la iglesia.

XI

Aquella misma noche, al levantarse de la mesa y en la cocina-comedor, Angélica confesó á los Hubert el paso que había dado cerca del Obispo, y la negativa de éste. Todo esto muy pálida, pero muy tranquila.

Hubert se quedó trastornado. ¡Su hija querida sufriendo ya, y herida también en el corazón! Llenáronse de lágrimas los ojos por aquella especie de parentesco en la pasión que con ella tenía, por la fiebre del *más allá*, que tan fácilmente á los dos les arrebatava al menor impulso!

—¡Pobre hija mía! ¿Por qué no me has consultado? Yo hubiera ido contigo, y quizá hubiera convencido á Monseñor.

Hubertina le hizo callar con una mirada.

¿Qué modo de desbarrar era aquel? ¿No era mejor aprovechar la ocasión para enterrar de una vez para siempre un matrimonio imposible?

Estrechó á Angélica entre sus brazos, y besándola con ternura la frente:

—¿De modo que todo ha acabado, hija mía? la dijo. No pareció comprender al principio Angélica, pero luego las palabras como que le venían de muy lejos: miró con fijeza delante de ella, sin ver, como si interrogara al vacío, y contestó:

—Desde luego.

Con efecto, al siguiente día púsose al bastidor á bordar, con su abitual aspecto: volvió á la vida de antes; y